

Vivir en zapatillas

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Carlos Baonza

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2022

© De la traducción, María Belmonte Barrenechea

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-56-2

Depósito legal: M-7.889-2024

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pascal Bruckner

VIVIR EN ZAPATILLAS

Sobre la renuncia al mundo
en la actualidad

Traducción del francés de
María Belmonte

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 145 (Serie Mayor)

Índice

Prólogo: La hipótesis Oblómov	13
1. Los cuatro caballeros del Apocalipsis	17
2. ¿La bancarrota de Eros?	25
3. La prohibición de viajar	33
4. ¿Merece ser vivida la banalidad?	45
5. El bovarismo del móvil	55
6. Las tres ces: la caverna, la celda, el cuarto	61
7. Las bondades de la casa	71
8. Suplicios y delicias de la vida con restricciones	79
9. El país del sueño: Hipnos y Tánatos	87
10. ¿Fantasía digital o victoria del apoltronamiento?	95
11. La bata de Diderot	109
12. Los desertores de la modernidad	117
13. Tristeza meteorológica	127
14. El derrotismo existencial	135
15. Los extremistas de la rutina	143
Conclusión: ¿Caída o transfiguración?	149

Para Eric y los diablillos

«Peor que el ruido de las botas,
el silencio de las zapatillas».

MAX FRISCH

PRÓLOGO

La hipótesis Oblómov

Oblómov es un terrateniente de los alrededores de San Petersburgo a mediados del siglo XIX. Este hombre recto y honesto sufre, sin embargo, de una inclinación natural a la inercia.¹ Vive menos en su vivienda que en su diván y menos en su diván que en su bata, oriental y amplia, y menos en su bata que en sus zapatillas «largas, mullidas y amplias». Tiene el cuerpo fofo, las manos regordetas, todos sus movimientos están impregnados de una graciosa blandura: Oblómov vive acostado la mayor parte del tiempo.

La locomoción, el estar de pie no son para él más que interrupciones entre dos permanencias en la cama o en el sofá:

«Cuando se encontraba en casa —y allí se encontraba casi siempre—, permanecía tumbado, y siempre en esta habitación en la que lo hemos descubierto y que le servía de dormitorio, de gabinete de trabajo y de sala para recibir a las visitas».

Oblómov es la auténtica persona veleidosa y agotada que se tortura solo con pensar en lo que tiene que hacer.

¹ Iván Goncharov, *Oblomov*, 1859, edición de Pierre Cahné, Folio classique, Gallimard, París, 2007. [Trad. al castellano de Lydia Kúper de Velasco: *Oblómov*, Madrid, Alba, 1999].

En cuanto se levanta de la cama por la mañana, ya se tumba en el diván, se coloca la mano en la frente y reflexiona y reflexiona hasta que, agotado por este esfuerzo, murmura con toda su buena fe: «Hoy ya he hecho bastante por el bien común». La simple redacción de una carta le lleva semanas, o incluso meses, y requiere una compleja ceremonia. Cada decisión entraña un enorme coste psicológico. Su lacayo Zakhar, falsamente dócil, descuida su trabajo y tiene la casa en un estado de desorden innombrable. Algunos días, Oblómov se olvida de levantarse, abre un ojo hacia las cuatro de la tarde y se dice que otro en su lugar ya habría sacado adelante un volumen importante de trabajo. Ante semejante perspectiva, se siente agobiado y se vuelve a dormir. Oblómov fue un querubín demasiado mimado por unos padres que lo sobreprotegieron como a una planta frágil. De hecho, su vida comenzó por la extinción: «Desde los primeros instantes en que tuve conciencia de mí mismo, sentí que me apagaba».

Cuando su amigo Stolz le presenta a una joven, Oblómov siente pánico. La simple idea de compartir su vida con una esposa, de salir al mundo, de leer los periódicos, de vivir en sociedad lo aterroriza. Aunque se enamora de la encantadora Olga, encargada de vigilar que no se duerma durante el día, y da con ella largos paseos, no puede decidirse a entablar una relación. Ella lo chinch, quiere quitarle la costumbre de la siesta sistemática, le reprocha que no sea más audaz, que se comporte de forma tan pasiva. Lo trata de gallina y termina por desesperarse con esta «fofa y vieja momia». Agobiado por las presiones, desbordado continuamente por actividades minúsculas que nun-

ca tiene tiempo de acabar, Oblómov acaba por romper. Se dispone, a la edad de 30 años, a «comenzar a vivir». Estas son sus enfermedades: abulia, sueño y procrastinación.

«Cuando no se sabe por qué se vive, se vive de cualquier modo, día a día; uno se alegra al ver llegar la noche y poder ahogar en el sueño la insidiosa cuestión de las razones por las que se ha vivido durante doce o veinticuatro horas». Incapaz de amar, de viajar, de emprender una tarea, deja pronto de salir y se hunde en los cojines hasta las orejas. Su aparcero, sus personas más cercanas le roban desvergonzadamente y lo despojan de los magros recursos de sus cosechas. Cuando se muda al fin a un alojamiento más pequeño y se prenda de su casera de blancos brazos, sigue dejándose engañar por el hermano de esta.

Tras su apariencia de comedia picaresca, *Oblómov* es una descripción conmovedora de la imposibilidad de existir. Cuanto más duerme el héroe, más necesita descansar. Al no haber conocido jamás las grandes alegrías, ha evitado también las grandes aflicciones. Ha conservado dentro de él la luz que buscaba una salida —la cual «ha quemado las paredes de su prisión» y luego se ha apagado—. A fuerza de querer sin poder, nunca ha seguido adelante, porque seguir adelante «quería decir rechazar de golpe su amplia bata, la que había protegido no solo sus espaldas, sino también su alma, su espíritu». Termina su vida acostándose «tranquilo, en el espacioso ataúd del resto de sus días, ataúd fabricado con sus propias manos».